

De parte del presidente:

El Cristiano y las Guerras Culturales

Rev. Mark R. Rushdoony
Agosto, 2004

“Una onza de prevención vale por una libra de cura.”

La prevención es difícil de vender. La gente preferirá pagar por una crisis que tomar los pasos necesarios para evitar una. Esa es la razón por la cual algunas compañías de seguros de salud se deleitan (o al menos debieran deleitarse) en pagar por exámenes preventivos – así detectan temprano los problemas. ¿Por qué pagar por la cara cirugía de corazón cuando puedes pagar una suma módica por un examen? La lección es simple: mientras más esperas, mayor es el costo.

Esto suena a verdad para nosotros que establecemos nuestros hogares en las preciosas regiones, pero precarias, del norte de California. Vivo al pie occidental de las Montañas de la Sierra Nevada donde a principios de la primavera la lluvia se detiene hasta mediados del otoño, y la amenaza de incendios es constante. Habiendo pasado veinte años como bombero voluntario local siempre estoy consciente de los peligros de incendio. Una de mis incesantes tareas en Calcedonia es mantener despejados los alrededores de nuestros edificios. Esta es una labor sucia y que consume mucho tiempo. Cada año paso muchas horas cortando malezas en medio de una nube de polvo y pequeños trozos de hierbas. La alternativa es esperar hasta que comience un fuego y esperar que se acabe sin haber causado mucho daño. Esa es una apuesta que no estoy dispuesto a tomar – especialmente porque uno de los edificios contiene la biblioteca de mi padre.

Es fácil hacer esto cuando pienso en el daño potencial causado por el fuego arrasador. Llevando esto al nivel de metáfora, la iglesia necesita adoptar la ardua tarea de la prevención.

La Reacción Cristiana a la Crisis Cultural

Un incendio cultural está ardiendo en la civilización Cristiana. Las llamas invasoras de la cultura secular amenazan nuestra herencia piadosa. La mayor parte de las personas se apresuran en ayuda de una comunidad en llamas, pero muchos jueces y líderes cívicos están más que felices viendo la ciudad de Dios ardiendo hasta los cimientos.

Nuestro error fue no limpiar el terreno de matorrales secos. Como en otras áreas de la vida, descuidamos el tomar medidas preventivas. Mucho del problema es nuestro entendimiento de la Fe Cristiana y sus obligaciones.

La historia reciente de la iglesia revela algunos errores contundentes en el abandono de la responsabilidad Cristiana. En el siglo veinte la iglesia Occidental se enfocó en el evangelismo personal. Enormes reuniones al aire libre, prolongados avivamientos y el testimonio de puerta en puerta dominaron el panorama evangélico. A pesar de toda la extensión internacional, todavía fuimos testigos de un abrupto deterioro en la civilización Cristiana. Mientras la iglesia estaba testificando, los secularistas estaban capturando la cultura.

Pero la iglesia del siglo veinte no estuvo sola en su error. Encontramos un error similar de énfasis en las bancas en la Cristiandad del siglo diecinueve. Durante este período la iglesia enfatizó los aspectos personales de la Fe sobre sus responsabilidades de influencia social. Esto resultó en una inmoralidad creciente y produjo el período más débil de la iglesia Occidental desde antes de la Reforma. Los escombros inflamables de la civilización Cristiana se acumularon cuando el Puritanismo Americano de los comienzos desapareció de la escena. Poco después, las chispas del humanismo prendieron fuego a los arbustos secos de la cultura Cristiana.

¿Qué Hemos de Hacer?

El Cristianismo comprende una cosmovisión global. En tanto que aislemos nuestra Fe en los asuntos del corazón, pasaremos nuestro tiempo sofocando fuegos de arbustos en lugar de prevenirlos. Los Cristianos deben abandonar la teología de la irrelevancia y reconsiderar su visión del Cristianismo y de cómo éste se aplica a su mundo.

La Escritura nos provee de la visión Cristiana de la realidad. Contiene la historia de la Creación, la Caída y los repetidos fracasos del hombre sin Dios. También revela las gloriosas victorias de aquellos que trabajan para Cristo.

La filosofía de la Escritura presenta a Dios como el centro del universo y al hombre como la criatura dependiente. El hombre pecó contra su Creador y solamente la gracia inmerecida de Dios puede restaurar al hombre a su propósito creado. Este propósito es llevar a cabo la obra de Dios en términos de Su Palabra revelada. Nuestra salvación comienza con la regeneración en esta vida, no en la próxima. Esto quiere decir que somos restaurados para trabajar, aquí y ahora, a la luz de la ley de Dios. Hacemos esto exponiendo la necesidad de la autonomía del hombre y adhiriéndonos al pensamiento y a la acción Bíblicas.

Para resistir la creciente ola de humanismo debemos regresar a la ley Bíblica. La única manera de pelear contra el pecado es con el estándar justo de la ley de Dios. Los Cristianos deben rechazar la mentira de que la gracia de Dios es antitética a Su ley. La ley es ineludible. Si negamos la ley de Dios solamente adoptamos otra ley – una que es invención del hombre. La ley de Dios representa la justicia perfecta que demandó la expiación de Cristo porque Él era el guardador perfecto del pacto. La ley representa nuestro estándar de obediencia y es la principal restricción social contra el mal.

Cristo no simplemente nos rescató; Él también nos restauró a nuestro llamado. En un mundo pecaminoso esto significa que predicamos el evangelio por el cual los hombres son justificados por la gracia de Dios y regenerados para servir en novedad de vida (Rom. 6:4). Esa novedad no debe limitarse a nuestra vida personal o a la eternidad. Nuestras vidas deben exhibir la obra de Dios en el presente.

La Labor Cristiana

En un mundo pecaminoso la labor Cristiana comienza por reconstruir los fundamentos erosionados de la civilización humana. Debemos combatir el pensamiento y la acción anti-Cristianas con soluciones distintivamente Bíblicas en todas las áreas de la vida. En

contraposición a la vida en el mundo secular y evitar nada más la contaminación moral, los Cristianos deben pensar y actuar como ciudadanos del Reino. Nuestro Señor comparó Su Reino con un señor que dejó a sus siervos por un tiempo y les encomendó trabajar a favor suyo (Mat. 21:33ff). Como siervos de Dios hoy debemos examinarnos a nosotros mismos para ver si aún somos fieles a Su santo llamado.

En la Gran Comisión, Cristo declaró que todo el poder en el cielo y en la tierra era Suyo. En esta autoridad nos comisionó a predicar el evangelio y a enseñar la obediencia a Sus mandamientos. Debido a que creemos que todo el poder y la autoridad le pertenecen a Cristo, todo otro poder es derivativo y debe ser limitado. Ningún hombre o grupo de hombres – ni siquiera una mayoría democrática – tiene el poder o autoridad para redefinir la moralidad.

Esto se dejó bien en claro en el Concilio de Calcedonia (451 d.C.), que declaró que Cristo es plenamente Dios y plenamente hombre. Esta es también la razón por la cual mi padre, R. J. Rushdoony, usó este credo como el nombre de su ministerio. Calcedonia está comprometido a proclamar la supremacía de la autoridad de Cristo sobre todas las instituciones.

El Reino de Dios

El Reino de Dios no es una idea utópica. Tampoco es un intento por introducir el milenio por medio de esfuerzos humanos. Tiene que ver con la obediencia a la voluntad de Dios y con el entendimiento de la responsabilidad de uno de servir a Dios como Creador y Redentor. Tiene que ver con vivir en la realidad de que Jesucristo reina eternamente sobre el cielo y la tierra. Vivir en términos de nuestra ciudadanía en el Reino quiere decir que trabajamos por la victoria segura que le pertenece a Cristo.

Como ciudadanos del Reino de Dios tomamos dominio en Su nombre y nos ocupamos hasta que Él venga otra vez. Este dominio no es político o legislativo. Es un dominio impulsado por la obra redentora en fidelidad a la Palabra de Dios en todas las áreas de la vida. El Reino es Suyo, no nuestro. Nosotros somos los siervos, no los Amos. Debido a que creemos que todo el poder y la autoridad son de Cristo, buscamos la libertad de la tiranía de los hombres, sean estos malvados o justos. Buscamos el dominio de Dios sobre nuestras propias vidas, nuestras familias, nuestras iglesias, nuestras vocaciones, nuestras comunidades y más allá.

Los Cristianos deben dejar de limitar la Fe a su aspecto personal. Deben ver lo “espiritual” como una referencia al Espíritu Santo de poder que transforma a los pecadores en siervos y de rebeldes a guerreros fieles. Al hacer esto tomamos medidas preventivas efectivas y sofocamos el incendio del humanismo en avanzada.

El Rev. Mark R. Rushdoony es presidente de Calcedonia y de Ross House Books. Es también el editor en jefe del Reporte Calcedonia y de las otras publicaciones de Calcedonia.